

Los límites del analista

FERNANDO ANGUIANO GONZÁLEZ*

Recientemente he reflexionado acerca de los límites que tenemos como analistas, hasta dónde puede llegar un análisis y cuáles son los obstáculos que no permiten que un análisis se desarrolle satisfactoriamente. Es una reflexión que ha estado presente en el seminario de los jueves con Olga, en mi análisis personal y en la supervisión de algunos de mis pacientes. ¿Hasta dónde podemos llegar nosotros mismos en nuestro proceso personal? ¿Hasta dónde puede llegar el psicoanálisis y los tratamientos que atendemos? ¿De qué depende que un tratamiento llegue a buen término? ¿Depende del paciente, del analista, de la dupla analítica? Este trabajo es para compartir estas ideas de los límites del analista, de los tratamientos y los pacientes, y algunos límites del psicoanálisis mismo.

Parto de dos ideas para reflexionar cuáles son los límites del análisis: uno está relacionado con los límites de la persona del analista, su patología, sus puntos ciegos; y otro límite lo relaciono con la patología del paciente, no necesariamente con su estructura, sino con algunos otros aspectos del funcionamiento que obstaculizan como el narcisismo, la perversión u otros; esto lo desarrollaré más adelante.

Empezaré con la primera idea acerca de cuáles son las limitaciones que tenemos como candidatos en búsqueda de ser analistas. ¿Qué dificultades tenemos como candidatos para convertirnos en analistas? ¿Cuáles son los obstáculos que no nos lo permiten? ¿Qué de nuestra propia patología no hemos resuelto para devenir analistas? Supongo que en el camino de seis, diez o más años de formación y análisis hemos hecho modificaciones importantes, se han movido síntomas y funcionamos de una manera más saludable; sin embargo, considero que hay puntos clave que si no logramos alcanzar de fondo, no se logrará una modificación profunda. Insisto, puede moverse el síntoma y todo parecer funcional al estilo de la psicología del Yo, pero si no hay modificaciones fundamentales como lo es la caída del narcisismo, el llegar a ser humilde y generoso, la

*Fernando Anguiano González
Candidato de la formación en Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Guadalajara/IPA.

fer_128@hotmail.com

aceptación de la castración simbólica y vivir de acuerdo con eso, si no llegamos a esas modificaciones, los cambios estarán “sobre palillos”.

Recuerdo que Olga comentaba en seminario que hay pacientes que, en cuanto son dados de alta, vuelven a lo mismo, con lo que llegaron a análisis, porque se sostenían sólo en presencia del analista, es decir, no hicieron ninguna modificación que pudieran sostener por sí mismos. Didier Anzieu hace una revisión del artículo de Freud, *Análisis terminable e interminable*, y muestra diversos casos en los que los pacientes nunca podrían terminar su análisis, y después de periodos largos de análisis, seguían visitando a su analista al menos una vez al mes, a manera de contención, durante toda su vida, porque no había condiciones en su psiquismo para sostenerse por sí mismos. Retomaré esta idea posteriormente.

Sin estos cambios profundos y fundamentales, el candidato nunca podrá ser analista, pero tampoco persona. No podrá amar, más que a sí mismo, en el caso del narcisismo. A veces decimos palabras y no dimensionamos el peso de ellas. “Narcisismo” lo entendemos como: “Me miro mucho en el espejo, soy bien narciso”, pero el término va más allá de eso.

El narcisismo es el mayor obstáculo para poder ser analista. Es común ver terapeutas jóvenes, de maestría, con humildad y sensibilidad, de los que uno pronostica que serán buenos analistas, que tendrán que estudiar mucho y enfrentar sus “demonios”, pero se les ve madera; hay otros que se les nota la inteligencia, la profundidad, aunque también el narcisismo, y tendrán que pelear más fuerte. También los narcisismos son de diferentes tamaños, ¿cierto? Todo tiene su gradualidad. ¿De qué tamaño es el narcisismo de cada quien? Es una buena pregunta para considerar. El narcisismo

nos aleja del paciente, hace que nos preocupemos más por nosotros mismos que por el que está enfrente.

¿Por qué no sale de sí mismo el narciso? Por temor a rasparse, porque encuentra “satisfacción” en sí mismo y no le interesa buscarlo afuera, para “no mojarse”, me dice mi analista, “no meterse al ruedo”, “mirar los toros desde la barrera”. El análisis implica que uno se involucre profundamente, que uno sepa que lo que al paciente le pasa está muy relacionado con lo que se vive en análisis cuando ya está establecida la neurosis de transferencia. No hay que confundir ni creerse la octava maravilla porque nuestros pacientes nos necesitan, es simplemente que los pacientes tienen una fuerte demanda y creen que nosotros podemos satisfacerla y de lo que se trata precisamente es de no satisfacerla, pero usamos esa demanda y ese vínculo, que es la transferencia, para ayudar a que se modifique ese aparato, ese funcionamiento pulsional, esa repetición. Si uno está escondido en el narcisismo, no hay proceso. Hay transferencia, pero si no se analiza, el paciente se decepciona y se va, o se queda, pero sin moverse.

A continuación, presento una viñeta para plantear la importancia del trabajo en transferencia, y los movimientos que se generan en los tratamientos cuando se trabaja con ella.

Raúl, paciente de 33 años, estuvo internado 15 días o un mes en un hospital psiquiátrico hace 12 años; posterior a eso, 5 años después, tuvo otro quiebre. Llegó conmigo hace aproximadamente 2 años, y el tratamiento ha sido intenso, lleno de dolor, de miedo; y actualmente aparece el enojo. Por mucho tiempo yo analizaba el daño que le había hecho su madre y toda su familia; alrededor de su historia hay perversión, agresión, abandono y mucho dolor por la muerte de un hermano muy querido por mi paciente.

Todo marchaba bien, aunque ahora me doy cuenta de que la transferencia la interpretaba de vez en cuando. Gracias a la supervisión y a mi análisis, fui dándome cuenta de ciertos aspectos que no estaban analizados que, obvio, estaban en relación con la transferencia en el tratamiento.

Comenzó a culparme cuando las cosas no le salían como esperaba, creía que yo conspiraba con alguien más y que le poníamos pruebas para que él cayera y “nosotros” nos burláramos de él, lo atacáramos. Él ya sentía que alguien quería hacerle daño, lo veía de forma paranoica en todos los rostros cuando caminaba por la calle; sin embargo, el hecho de que yo no interpretara en transferencia dejaba esos elementos fuera de la sesión. Él se sentía perseguido por mí, pero no hablábamos de eso. Cuando caí en cuenta y comenzamos a hablar de ello, se pudieron analizar diversos aspectos, de cómo me veía Raúl, de las cuestiones que me proyectaba y los afectos que se le despertaban por mis interpretaciones y la relación que tenemos. Yo ya sentía que Raúl y yo hacíamos una buena alianza, sabía que yo y el tratamiento éramos un apoyo importante para él, y que así él pudiera mantenerse de pie, aunque dejaba de lado aspectos agresivos del proceso. Está el riesgo de irnos solamente por lo “bonito” de la relación, y los afectos en transferencia son intensos, ambivalentes, van por las dos vías: por el cariño y la agresión o la erotización, a la que Freud conceptualizaba como una resistencia; no hablar de todos estos afectos tiene que ver con las resistencias del analista: si yo no me metía, salía librado de lo angustiante de la psicosis de Raúl y de su agresión, protegiéndome con una distancia que lo perjudicaba a él.

Es la transferencia, esa intensidad en juego, la que da una posibilidad de modi-

ficación; si nos quedamos en lo manifiesto, la demanda inconsciente no se toma y el paciente se decepciona. Cuando se está presente como analista, con miedo y todo, se hace frente a los afectos. Uno debe estar para ser envuelto por la pulsión, como explica Nasio, y esa presencia afectiva da la posibilidad de que la relación analítica se fortalezca y se puedan dar los movimientos en el análisis y en el psiquismo del paciente.

Será tema de otro trabajo profundizar acerca de cómo interpretar en transferencia, y no la transferencia como los klenianos acostumbraban; sin embargo, tomé esto para hablar del narcisismo del analista, así como de la gravedad de quedarnos encerrados y nunca recibir a nuestros pacientes; pueden llegar al consultorio y podemos escucharlos, pero es la escucha del inconsciente, la escucha de los afectos, de la transferencia, la que cura en psicoanálisis, es por ello que las modificaciones en el candidato-analista tienen que ser profundas y reales, no sólo externas o sintomáticas.

Brevemente quisiera compartir también la segunda idea que me planteaba al comienzo del trabajo acerca de los límites del análisis, ahora enfocado a las posibilidades de los pacientes. Por un lado, está una idea que nos ha compartido Olga acerca del narcisismo, el odio y la envidia de los pacientes: más allá de la estructura psicopatológica del paciente, si estos tres elementos no cesan, no habrá análisis que modifique dicho aparato.

Además, existen los límites del psicoanálisis con los pacientes psicópatas, que no sienten culpa. Recientemente supervisé a Armando, paciente adicto en recuperación que vivió diferentes situaciones de abandono y violencia tan extrema, que no se entiende cómo puede seguir viviendo. Desamparo, violencia, deshumanización. Armando ha logrado contenerse trabajando en un centro de adicciones en donde él fue paciente, y

ahora desempeña una labor de acompañamiento con otros adictos. Él actuó con tal violencia en su época de adicción, y vivió cuestiones tan arrasadoras, que hemos llegado a la conclusión de que lo único en lo que puedo ayudarle es en contenerse; el trabajo simbólico y la elaboración que se hace en otros tratamientos ya no podrá ser, por lo arrasado que está su psicismo.

Todo esto me abrió los ojos respecto a los alcances del psicoanálisis. Siento que a mí me ha transformado, y he visto en mis colegas, amigos y algunos de mis pacientes, cambios significativos que dan una esperanza de que tiene un poder curativo importante. Sin embargo, la reflexión sobre Armando y otros pacientes me ha mostrado que no basta desear estar bien y echarle “muchas ganas”, hay cosas que no se pueden y punto. Un aparato arrasado que cruzó ciertos límites no podrá alcanzar ciertas transformaciones profundas como las que planteaba al inicio. Teóricamente me quedaba claro lo que Freud dice en *Análisis terminable e interminable* acerca de la roca viva, las alteraciones del Yo, la viscosidad de la libido o lo que Lacan habla de las compensaciones en las estructuras psicóticas; ahora, en esta supervisión con estos pacientes, me ha caído —como dicen— “el veinte”, que me ha dejado un poco en *shock*: el psicoanálisis no cura todo. A lo mejor parece tarde que hasta ahora me dé cuenta de ello; insisto en que teóricamente uno sabe que no cura todo, o sabía que la psicopatía no se cura porque los psicópatas no vienen a análisis, a lo

mejor desmentía y pensaba: “El psicópata no se cura porque no quiere, pero si quisiera...”.

En conclusión, y uniendo un poco las dos ideas, me pregunto: ¿hasta dónde puede llegar uno en su propio análisis? ¿Hasta dónde llega el psicoanálisis? ¿Hasta dónde voy a llegar yo como psicoanalista y como ser humano? Olga ha mencionado en diversos espacios que la vida y la formación como analista no se alcanza en una pasarela eléctrica. Supongo que varios de nosotros creíamos —debo confesar que yo sí— que con el puro hecho de analizarnos con un analista de la APG, y estudiar en esta institución de gran calidad y pasión, sería suficiente para convertirnos en un buen analista, algo así como por ósmosis. Con el paso del tiempo, después de muchos años de estudiar y analizarme, me he dado cuenta de las diferencias de los alumnos, los colegas, los profesores, y aunque todos lleven un largo camino, no todos llegan al mismo punto, cada quien alcanza lo que puede alcanzar; hasta donde llega cada quien es cuestión personal. Si alguien puede recibir todo lo que su analista le da, estudia comprometidamente, domina su narcisismo y escucha a su supervisor, estará más cerca de ser un buen analista, sin pretensiones de ser Freud, simplemente ser cercano a sus pacientes, que disfrute su formación en lugar de sufrirla y, si bien nos va, que estemos constantemente en transformación, que es un privilegio que no todos pueden obtener.